

de su impiedad, sufre un espantoso suplicio; no resta más que enterrarle en un muladar.

Parece que los propios apóstoles del cristianismo presintieron este triste fin de la educación religiosa; algo les indicaba que la fe es la tumba de la moral. De aquí la vibrante controversia, suscitada de una parte entre Pedro, Santiago y Juan, y de otra, Pablo, el iluminado de Damasco, acerca de la preponderancia de la Fe y de la Justicia. Los tres primeros, discípulos inmediatos de Cristo y testigos de sus invectivas contra la hipocresía farisaica, obraban el bien, impelidos por su fe; el apóstol de los gentiles, dialéctico más hábil, sostenía que la fe por sí sola justificaba las buenas obras, é impregnando á sus adversarios con sus mismos argumentos, demostrábales que era preciso abandonar la ley de Cristo y hasta la de Dios, ó reconocer con él que el hombre no se justifica más que por la gracia y que el primer acto del cristiano debe ser morir para su propia virtud. «Todos los que hemos recibido el bautismo de Cristo—decía—somos enterrados con él; nuestro bautismo es el acta mortuoria de nuestra alma.» *Quicumque baptizati sumus in Christo, consepulti sumus cum illo per baptismum in mortem.* Esto se canta en toda la Iglesia, el día de Pascua, en la bendición de la pila bautismal: la Iglesia atestigüa por esta ceremonia que suscribe la opinión de Pablo, según la que el hombre no es hijo de Dios más que por la muerte de su conciencia.

CAPÍTULO III

El hombre ante la sociedad.—La educación eclesiástica conculca la ley del respeto mutuo

XVII

Quien quiere el fin quiere los medios.

¿Pretendemos educar ciudadanos ó esclavos, trabajadores ó indigentes, héroes ú hombres de bien? Ante nosotros ábrense dos caminos. Si la educación deriva de la doble conciencia, seguirá la senda del servilismo y la hipocresía; si parte de la Justicia, sin consideración trascendental, caminará á través de la libertad y la virtud, no corriendo riesgo de perderse.

¿En cuál de ambos caminos se internará la Iglesia?

Individuos de diversas condiciones integran una sociedad cortada por el patrón de la Iglesia según su dogma: unos—huelga notar que los más—formados para las funciones abyectas y serviles; otros para las de clase media; los menos para el maudo, la administración, el capital. Por lo demás, todos contribuyen, á falta de su celo, con sus egoísmos, sus prejuicios y aun sus vicios, al fin general.

El objeto, pues, de la educación eclesiástica será:

1.º La enseñanza del culto, es decir, la creación en las almas, de una segunda conciencia, que domine la conciencia natural: ya hemos tratado este asunto en las páginas precedentes.

2.º La adaptación al espíritu de la Iglesia, y en lo posible, la supresión de los estudios titulados profanos;

éstos son incompatibles, por su carácter positivo y franco, con la piedad y la fe. Tal es el tema que va á ocupar ahora nuestra atención.

Comencemos por la enseñanza primaria.

XVIII

Hace cuarenta años, algunos amigos del pueblo esforzándose por implantar en Francia el método de la enseñanza mutua, denominado método de Lancáster. Entendían que los *elementos* del saber no deben limitarse á signos gráficos; que no cabe fraccionar la razón del niño, como tampoco la del hombre, y que importa sumar á la lectura, escritura, gramática y aritmética ciertas nociones de filosofía práctica, tanto más útiles cuanto penetran en el alma infantil sin el concurso del maestro y sólo por la convivencia de sus colegas.

A este propósito, advertiremos que, sin conceder tanta importancia conforme acaece generalmente á lo que la escuela de Fourier titula *Nacimiento y desarrollo de las aptitudes*, y la pedagogía cristiana más brevemente *Investigación de la vocación*, ocurresenos que, siendo la vida un combate, y el hombre un ser libre, importa armarle para tal lucha, lo que se logrará menos educando el espíritu que el carácter. Precisa que el hombre afronte todas las situaciones, que sepa mostrarse digno y alegre, si no vencedor, para no ser un instrumento en manos de la fatalidad, ó conforme dice el cristiano, de la Providencia.

Lamartine escribe en su *Curso familiar de literatura* (Febrero de 1857):

A vivir en el siglo de la epopeya, quizá habría cantado un poema épico. Empero ¿quién lo hubiera podido verificar en este mundo, donde todo se halla edificado contra Natura? Muy cierto que yo, no. Imaginamos pi-

rámides y bosquejamos sólo insignificantes bloques. A nuestro paso no tropezamos más que fragmentos; acaso nosotros mismos no somos otra cosa que derivaciones de estos fragmentos; todo hombre, aun suponiéndole dotado admirablemente, no es más que una estatua truncada.

En el estilo de Lamartine adivínase que había sido educado por los jesuitas. ¡Qué mísero ciudadano éste que maldice su siglo porque no le ha formado un Homero! ¡Ah! ¿qué os impedía, genio fracasado, ser un Cincinato? ¿No hubiera sido ello más fructífero para vuestra gloria y la salvación de la República?

«Este sistema de enseñanza—escuela mística—hemos leído en un artículo de M. Rendu (*Monitor* de 20 de Enero de 1853), deficientísimo respecto á la instrucción, es muy eficaz para la educación, en *lo que concierne al carácter*. Tal es el sistema sajón por excelencia. Yo—decía un maestro—procuro templar el acero en el alma de los niños.»

Durante la Restauración existían mil quinientas escuelas neutras, que han desaparecido paulatinamente á consecuencia del decreto de 8 de Abril de 1824, que despojó de la instrucción primaria á la Universidad para confiársela á los obispos. Nos educamos en la establecida en Besançon: según observa M. Rendu, las lecciones no abrumaban á los escolares, que no aspiraban á ser presidentes de una democracia ni cantores de una iliada, teniendo el aspecto de insignificantes ciudadanos.

A partir de 1824, los *Hermanos de la Doctrina cristiana* se han adueñado de la enseñanza. No criticaremos su sistema docente, en el que tan intensamente intervienen la historia sagrada, el catecismo, los ejercicios devotos, donde todo se subordina á la fe. Nadie ignora que el año de la primera comunión se pierde en absoluto para el estudio: esta época es para los niños del pueblo como un avance ideal del servicio militar. Empero séanos lícito aseverar que, en vez de la educación literal y rotunda prometida por el método de Lancáster, el pueblo recibe, gracias á tales Hermanos, una educación conforme la exigen la Iglesia y el despotis-

mo. El niño que antes merecía la censura de sus camaradas, que estimulaba felizmente su sufragio, es acuciado ahora por una superstición precoz, por el temor de las humillaciones, por el miedo de los golpes. El látigo, los suplicios de todo género; he aquí la disciplina eclesiástica para la escuela y el convento. Place al sacerdote castigar, corregir, maltratar, herir; aflicción del alma y del cuerpo por la humillación, la prisión, el ridículo. Las costumbres del siglo ponen un freno á este sistema penitenciario afflictivo é infamante; empero prosigamos nuestro estudio:

«Una sentencia de la Audiencia de París, en 1838, demuestra que, en el colegio de San Nicalás, donde se reunían más de trescientos niños, de seis á quince años, bajo la dirección del abate Bervanger, castigábase con ciertos instrumentos de tajante filo, que en las faltas más graves, revestían otra disposición de más refinada crueldad. Según la frase de los inspectores de enseñanza, su uso era harto frecuente.»—(A. Guillosa, *Elementos de estadística*.)

¿Quién ha olvidado á aquel fraile miserable que en una de nuestras escuelas de Argel hacía atar á la cola de un caballo los alumnos que habían incurrido en castigo?

La Iglesia que apenas enseña, descuida por completo los caracteres. Su fin es el embrutecimiento. En vez de templar en firme el alma de los niños, labora para transformarla en blanda cera. El obispo Gaume, en su *Gusano roedor*, declama contra los clásicos: otros autores, todavía más osados, perfeccionan su pensamiento y denuncian la lectura. La ciencia—afirman—es perniciosa para la religión y el orden: ¿para qué han menester saber leer los pastores, criados y obreros? El pastor que guardaba sobre el Apenino los rebaños de la nobleza romana, el esclavo encadenado en el ergástulo, no leían. Ningún senador propuso que se les enseñase las letras, ni siquiera el manejo de las armas. Conocida es la frase de Pascal, el inventor del embrutecimiento como principio de religión. «Antójaseme—decía—nocivo para la fe que se profundice el sistema de Copérnico.»

Esto que Pascal dijo de la astronomía, aplícase á toda especie de libros. No estimula en el pueblo el hábito de leer; por el contrario, se restringe cada vez más la circulación de los periódicos, revistas y folletos, aun siendo inofensivos y útiles. Háblase de someter á censura á la prensa simplemente literaria. «No se me ocurre contra el socialismo más que un medio—ha dicho monsieur Thiers, sin duda con más ironía que odio—: la guerra exterior y la supresión de las escuelas de instrucción primaria.»

XIX

En cierto departamento que no precisa nombrar, y en una época que no hemos menester citar, el prefecto reunió á todos los alcaldes y felicitándoles por el próspero estado de sus campos, les exhortó á la perseverancia en los términos siguientes:

«Amigos, trabajando os enriquecéis, y enriqueciéndoos, servís al país y al Estado. Guardaos y guardad á vuestros hijos de una ciencia inútil, que sólo engendra ambiciosos y rebeldes. Un buen agricultor debe saber leer y firmar sus contratos: saber más ha de perjudicarle forzosamente. Del deseo de saber surgen los agitadores, los revolucionarios. Os ruego que me descubráis si entre vosotros existe alguno de estos sujetos: de él os desembarazaría en veinticuatro horas.»

Los alcaldes se miran no acertando qué decir. En fin, uno, el más osado, habla de esta suerte:

«No estamos de acuerdo, señor prefecto, acerca de un punto: el concerniente á la instrucción que debemos dar á nuestros hijos. He aquí los motivos:

»Sabemos perfectamente que laboramos la tierra mejor que lo verificaban nuestros padres y que ello se lo debemos á la instrucción que hemos recibido. Pensamos en su consecuencia que así como nuestros padres procu-

raron que sus hijos fuesen más doctos que ellos, debemos esforzarnos por que los nuestros sepan más que nosotros. De aquí depende el progreso de nuestra agricultura.

»Notad, señor prefecto, cuánto cuidamos nuestros canales de riego y que multiplicamos á diario y cómo demarcamos y rodeamos de zanjas nuestras posesiones. Ahora bien; no habríamos podido realizar estos trabajos, sin algunas nociones de geometría.

»No, no temáis que la cultura nos aleje de nuestros campos. Apreciamos en su justo grado nuestra posición y la de los habitantes de las poblaciones: aspiramos á ilustrarnos cada vez más, para ejercer mejor nuestra profesión.

»Además, en orden al espíritu revolucionario que anamatizáis con tanta energía, somos convencidos de que un Estado numeroso se gobierna idénticamente como un Estado reducido: así inspiramos nuestra administración municipal en la dulzura, la armonía, singularmente en la regularidad, convocando á consejo á todos nuestros vecinos. Es el único medio de que todos sean contentos, de evitar celos y envidias y vivir como si constituyéramos una sola familia...»

Decidnos, católicos, ¿quién de los dos, el labriego ó el prefecto, es el hombre moral, el hombre de Estado?

Empero vuestra opinión es sospechosa: todos formáis en la cruzada contra la ciencia.

M. Blanc Saint-Bonnet pide formalmente para llevar á cabo la RESTAURACIÓN FRANCESA:

Libertad ilimitada para la Iglesia;

Libertad limitada para el resto de la nación;

Instrucción superior para la aristocracia, siempre que corra á cargo de la Iglesia;

Ignorancia para el pueblo.

A este último objeto aconseja: 1.º, *destruir en Francia todos los malos libros;* 2.º, *declarar inmediatamente cesantes á todos los maestros procedentes de las escuelas normales.*

Ningún cristiano ha protestado, ningún sacerdote ha desautorizado, ningún periodista ha impugnado estos ultrajes á la conciencia pública.

XX

Veamos en qué consiste esa instrucción otorgada á sus predestinados por la Iglesia, y cuya urgencia ésta reconoce por el órgano de Saint-Bonnet, á lo menos para los aristócratas. Mas ¿cómo creerlo? Es cien veces más abominable que la ignorancia reservada á los pobres. He aquí el programa, confeccionado por una serie de actos oficiales:

a) Supresión de los cursos de filosofía é historia.

b) Aplicación del impuesto progresivo á los estudios.

Plagio del gobierno pontifical.

«En la Universidad de Roma—escribe M. A. Guillard—sólo pueden cursar los ricos. Para ingresar en ella es preciso justificar una renta de escudos; ignoramos el número, mas él no importa á nuestro propósito; ya basta se tase como un lujo el deseo de instruirse.»

c) Prohibición á los maestros laicos de consagrarse á la enseñanza privada.

d) Recomendación á los profesores de matemáticas de limitarse á enseñar el cálculo, sin explicar filosóficamente la certeza y el método. Así nos lo han comunicado un catedrático y numerosos alumnos de la Escuela Politécnica.

e) Multiplicación de los colegios eclesiásticos, seminarios primarios, instituciones religiosas en competencia con los liceos, y en sustitución de las escuelas laicas. Según el *Almanaque del Clero francés*, para 1856, citado por *El Siglo*, el número de los colegios, institutos y pensionados dirigidos por el clero francés, ascendía, en los inicios del año anterior, á ciento sesenta y seis, no incluyendo los seminarios primarios ó escuelas secundarias eclesiásticas, los seminarios conciliares, los innúmeros establecimientos regentados por las comunidades religiosas y los colegios de los hermanos de la doctrina

crisiana. Solamente en el departamento del Loira existen, según informes, diez y seis establecimientos clericales.

f) Destitución de los profesores sospechosos de filosofismo. El Papa ha puesto en entredicho la Universidad de Gante hasta lograr la expulsión de dos profesores significados como hostiles á la Iglesia y á la fe. En Francia transcurrirán largos años antes que los filósofos intervengan en la enseñanza, hoy á cargo de turiferarios.

g) Corrección de la historia, según el sistema Lottin.

h) Adaptación de las ciencias á los textos de la Biblia.

i) Mutilación y adulteración de los autores. Léase en la *Revue des Deux Mondes* un artículo de Cipriano Robert, en que el distinguido catedrático francés expone de qué suerte el clero latino ha devastado los monumentos de la literatura eslava allí donde ha podido colocar sus manos sobre ellos. No se repite menos vandálica la fe protestante, cuando ésta considera en peligro sus intereses. Hemos oído de boca de uno de nuestros amigos que ha visitado Egipto que el célebre filólogo Ricardo Lepsius, comisionado por el monarca de Prusia para estudiar los monumentos jeroglíficos, destruía á martillazos, luego de copiar las inscripciones, los venerables caracteres: sistema infalible de evitar ulteriores discusiones. Los jeroglíficos podían confirmar la opinión de Manéthon que, asignando á Minés una antigüedad de más de seis mil años, le remontaba en su consecuencia más allá del diluvio y de la misma creación. Lepsius, completando la obra de Eusebio, abreviador de Manéthon, ha rectificado la cronología, sin temor á que otro desmienta la suya. Por ventura nuestra, hase conocido el fraude: Lepsius puede vanagloriarse de haber laborado para el rey de Prusia.

j) Reforma de los clásicos: en ciertos colegios, se les suprime, según el sistema Gaume.

k) Destrucción de los libros: existen sociedades para la compra de obras peligrosas, que se entregan inme-

diatamente á las llamas. Vendrá un día en que habrán de ser diezmadas las bibliotecas públicas y arrojados á la pira los libros señalados á la vindicta religiosa.

l) Censura de los libros; un librero, á quien un literato necesitado ofrecía su biblioteca, negóse á comprar á Diderot, Voltaire, Volney, etc., alegando hallarse prohibida la venta de estos autores.

m) Policía de inspección: bajo el pretexto de proteger las costumbres, se impide la circulación de todo escrito opuesto al sistema. (Véase la circular del arzobispo de Milán en 25 de Diciembre de 1855 y la aplicación de la ley de policía en el imperio francés.)

n) Obligación de los alumnos y profesores de cumplir los deberes del culto. El rector de Perona exige á sus subordinados que se confiesen y comulguen. Presto habrá menester el profesorado practicar retiros generales, como el celebrado recientemente en Lous-le-Saulnier, y del que salieron, si no más perfectos, agotados de espíritu y de cuerpo.

o) Prohibición de admitir en las mismas escuelas á los alumnos de cultos diferentes. (Véase la circular del obispo de Arras, en *La Prensa* de 8 de Agosto de 1856). El sistema de Luis XIV, después de la revocación del edicto de Nantes: ni disidencia, ni controversia de escuela.

p) Proscripción de los hombres ilustres, á menos de someterse á la Iglesia. Hase denegado á dos escolares tomar parte en unas oposiciones de la Escuela Normal, á causa de su *capacidad nada vulgar*.

q) Instrucción, á capricho del clero, de individuos para cubrir las vacantes en el profesorado.

De otra parte, la Iglesia trata á sus pastores como á sus ovejas. Sabemos de un eclesiástico joven á quien su prelado no permitió graduarse en ciencias, viéndose obligado para verificarlo á cambiar de diócesis.

Súmase á estos medios preventivos el estímulo y si éste no es suficiente, la represión. Para los maestros, están las promociones, los privilegios universitarios, los monopolios clásicos, los breves de gracias y las pensiones; para los discípulos, los diplomas, títulos honoríficos.

cos, exenciones del servicio militar, matrimonios ricos, etcétera.

Todo se combina para que los estudios sean á la vez onerosos, intolerables, insuficientes. Los profesores lamentan la decadencia de la instrucción pública; los alumnos vocean contra las condiciones excesivas impuestas para obtener un diploma. Edúcase á la juventud escolar como á los cazadores de Africa, sometiéndoles á una gimnasia depuratoria, donde sucumben los medios y los débiles.

Adviértase que no cabe acusar exclusivamente de este obscurantismo al gobierno del emperador, mejor que á los de Luis Felipe ó de la Restauración. A no dudar, el poder incurre en responsabilidad; empero el mal surge de más hondo origen é inficiona el país y el Estado. En cierta capital conviven muro por medio un colegio de jesuitas y un liceo imperial: el gobernador, ajustándose al espíritu de su época, más que á los deberes de su cargo, mal cortesano, empero cristiano excelente, confía á los reverendos padres la educación de sus hijos: preside el reparto de premios en el colegio y ni siquiera se digna visitar el liceo. ¿Cómo dudar que el imperio no es más que un instrumento que dirige la contrarrevolución?

En París, todos los colegios de las jóvenes correrán presto á cargo de las religiosas, á quienes no se exige diplomas, ni títulos de suficiencia, moralidad y método: bástales con el hábito. Tampoco sufren ninguna inspección: una educanda puede ser reclusa en el *impac* sin que lo sepan su familia ni el procurador imperial. Muy por el contrario, las maestras laicas deben sufrir continuos y formidables exámenes, pagar á muy alto precio sus diplomas y afrontar frecuentes y severas inspecciones, desde el salón de estudios hasta la cocina. La cualidad de laico, en la enseñanza, implica un motivo de sospecha.

XXI

La Iglesia moderna reanuda, con insólitos furor y habilidad, la conducta de la Iglesia antigua, en los días memorables de los Constantino, Teodosio y Atila: destrucción de los libros, monumentos, inscripciones, cuadros, estatuas, templos: anatema de las ideas, persecución de los autores. La obra de las tinieblas avanza rápidamente, cupiendo juzgar los efectos del obscurantismo según los de la instrucción, como se juzga del contrario por su contrario.

O'Moore, anciano virrey de Irlanda, decíanos que, en el curso de veinte años, el catolicismo habrá desaparecido de la isla; es decir, será desnacionalizada en absoluto la nación irlandesa. El medio puesto en práctica á este efecto es simplicísimo: hanse fundado numerosas escuelas de instrucción primaria, donde, á causa de la diversidad de los cultos, nunca se habla de religión á los niños. La instrucción religiosa integra un objeto aparte, reservado á los sacerdotes y pastores, como en nuestros colegios al capellán. A la hora de abandonar la escuela, el protestantismo se dirige á los juveniles entendimientos que le deben poder pensar por sí mismos: reparte sus biblias, suscita la crítica: para las almas católicas, el protestantismo es la emancipación; tantos lectores, tantos librepensadores. Basta que un dogma hable á la razón para que ésta lo prefiera. En 1852 O'Moore observó que, en una población de cien mil almas, la Iglesia católica no había bendecido más que cuatro ó cinco matrimonios, mientras que, en los años precedentes, habíanse verificado ante sus altares varios centenares.

Holanda ha adoptado este sistema de neutralidad de las escuelas; también allí surgen contra el catolicismo la luz y la libertad.

«En múltiples regiones de Alemania, las leyes obligan á los padres á enviar á sus hijos á la escuela, ó á demostrar que reciben en el hogar la congruente instrucción. Estas leyes datan del origen del protestantismo. Mauricio, elector de Sajonia, transformó los conventos en escuelas, sin tocar á sus dotaciones; la prebenda que antes sustentaba á monjes holgazanes é inútiles al Estado, mantiene ahora á funcionarios que le prestan servicios más eficaces y laboriosos.» (A. Guillard, *Eléments de statistique.*)

En Francia seguimos un sistema diametralmente inverso.

A partir de la expedición de Roma, en 1849, nuestra patria parece haberse propuesto realizar la contrarrevolución sobre el globo: á tal fin, se enfraila, se descalza, se rasura, se encapuchona, se ajesuitiza. En las últimas visitas de inspección hase comprobado el aumento de los analfabetos. A la par que se merma la pensión de los catedráticos y maestros de escuela, aumentase las dotaciones y subvenciones del clero; se confía, en lo futuro, la enseñanza á una corporación que, en 1851, contaba 82.000 individuos y cuyas rentas, propiedades y donaciones, particulares y oficiales, suman á lo menos cien millones de francos.

Con un personal de 82.000 agentes que se duplicará en veinte años;

Con una renta de cien millones, que habrá de triplicarse;

Con el monopolio de la instrucción primaria, la adulteración y represión de la enseñanza superior, el amordazamiento de la prensa, la censura de los libros la selección de las bibliotecas, la corrupción de los organismos docentes;

Con la complicidad de la burguesía y el apoyo de cuatrocientas mil bayonetas.

La Iglesia, en el citado lapso de tiempo, hará de Francia, castrada y esclavizada, lo que ha hecho de Italia, España é Irlanda, lo que se dispone á hacer de Bélgica, una nación *embrutecida*: sociedad compuesta de proletarios, privilegiados y clérigos que, no engen-

drando ciudadanos ni pensadores, ayuna de sentido moral, en pugna solamente contra las libertades del mundo, acabará por concitar contra sí la ira de las razas disidentes que la precipitarán en los abismos de la historia.

XXII

La Iglesia expone á la imaginación en las figuras y ceremonias de su culto lo que se esfuerza por inculcar á la inteligencia por medio de eso que titula su enseñanza.

A fin de reconquistar el viejo mundo—empresa que nunca llevará á término—procura á todo trance restablecer, con el principio de autoridad, el principio jerárquico.

«*Todo se ha perdido*—escribe M. Blanc Saint-Bonnet—, cuando se pierde la aristocracia de una sociedad.

»*El pueblo que no produce aristócratas se halla agotado. El pueblo que no envidia á su aristocracia es en inminente decadencia.*

»*Precisa, para que seamos salvos, que se ennoblezca la burguesía; la nobleza es quien ha fundado la nación.*» (De la *Restauration française*, lib. 3.)

No ignoramos el sistema que debe emplearse para transformar la burguesía en un nuevo feudalismo (consúltese *Manuel du spéculateur á la Bourse*); falta solamente la consagración sacerdotal. Empero ésta no es necesaria.

¿Qué es el culto? Una representación de la sociedad.

El hombre que, cumplimentando el precepto del Apóstol, se despoja de su conciencia natural, vistiéndose á modo de coraza con la fe teológica, no es más que un autómatas danzante en presencia de su ídolo, como David bailaba ante el arca porque así placía al fanatismo de su mujer Micol.

Penetremos en la iglesia durante una solemnidad de primera clase. Distribuidos los puestos según las dignidades: divanes, sillones para los mayordomos, consilia-rios de hermandades, autoridades civiles y militares; la clase media en sillas pagadas al día y al año; la multi-tud, en pie ó arrodillada, se estruja tras de los pilares, en el fondo de las capillas, lejos del altar mayor y del púlpito.

En el sermón, el predicador, que debe hablar para todos, dirígese nominalmente al monarca, al prelado ó al príncipe, si ellos asisten. Al ofertorio los distinguidos son incensados particularmente, mientras que el pueblo en masa lo es, en último término, con tres golpes de incensario.

De esta suerte, la Iglesia impone á las almas el res-peto de la jerarquía. ¡Cuántas veces, siquiera sea en vano, murmura la conciencia del pueblo!

Hemos sido testigos de cómo se escandalizaron nues-tros viñadores cuando, en 1830, algunos días antes de la revolución de Julio, el cardenal de Rohán recibió con incensario y bajo palio, en el pórtico de la catedral de Besançon, á la duquesa de Angulema; tales honores antojábanseles reservados á Dios.

¿Cuál es el orden de las procesiones? A la cabeza el pueblo, por edades, sexos y corporaciones; después las órdenes religiosas; á continuación el clero, bajo palio, rodeado de la magistratura, de los jefes de ejército, á modo de guardias de honor. Siempre los grados y las castas. Mientras que la juventud distinguida, acicalada, empolvada, luciendo ricas albas y ceñida con cíngulos de plata y oro, porta ante el Sacramento los incensa-rios y pebeteros, los pobres elegidos entre los carbone-ros y fogoneros cargan con la lumbre y las tenazas. Re-cordamos que cierto día, habiéndose negado un pícaro á desempeñar tan baja comisión, nos ofrecimos inge-nuamente; parecía que la procesión había menester del brasero tanto como de la custodia. Antojábasenos que, á ejemplo de aquel personaje á quien sus conciudadanos confiaron la tarea de limpiar los sumideros, íbamos á ilustrar nuestro cargo. Todos, eclesiásticos y laicos,

burláronse de nosotros. ¿Cómo podía ocurrirnos que los cristianos fuesen iguales ante el Santo Sacramento? Habíamos deseado ser despreciados en la casa del Señor. *Elegi abjetus esse in domo Domini*; la mofa era justa.

La procesión del *Corpus Christi* ha inspirado á Cha-teaubriand la más sugestiva de sus ampulósidades. No sin cierta cólera hemos leído, á los veinte años, las obras de este escritor sin conciencia, sin filosofía, y cuyo único mérito es haber sido fecundo. ¡He aquí, nos de-cíamos, á lo que llegan las naciones! Este oropel no habría deslumbrado á los del 89, testigos de la tiranía feudal y de la degeneración del sacerdocio; bastó, en 1804, que un soldado jacobino se titulase emperador, para modificar los sentimientos y las ideas. La fantasía literaria sedujo á los que había emancipado la razón filosófica. ¡Qué genio, en efecto, en el cristianismo! ¡Qué poesía en el mundo feudal! ¡Qué bellezas implican el repique de campanas, la carraca, el rabel de Navidad, la haba de Reyes, la ceniza de Cuaresma! Los insignifi-cantes críticos no habían pensado durante tres siglos; los románticos vivieron quince centurias. ¡Resurgid, santos monasterios! Los padres os han encantado en su locura; los hijos os enseñarán su arrepentimiento.

El escarnio jerárquico persigue al hombre hasta la tumba. Los entierros, como los matrimonios, son de va-rias clases. En una parroquia de Picardía el cura, para mejor distinguir las categorías, hace seguir á los corte-jos fúnebres rutas diferentes: un camino tortuoso y an-gosto para los pobres; otro amplio y largo para los ricos. El alcalde, espíritu liberal, que nos ha narrado el caso, quiso oponerse á tal abuso, ordenando que todos los entierros fuesen por la misma carrera. El cura denuncia al gobernador el alcalde; interrogatorio del gobernador. El clérigo gana el proceso, y el alcalde, sospechoso de revolucionarismo, vese forzado á dimitir su cargo.

XXIII

Hemos leído la obra *Alta educación intelectual*, de monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, cuyas páginas abundan, lo confesamos sinceramente, en útiles enseñanzas.

Convenimos con este prelado en que se concede excesiva importancia á las *Humanidades* sobre las ciencias. Empero pensamos que cabe, sin fatigar á los escolares, desleir en las *Humanidades*, á partir del *séptimo* año, una dosis de ciencia más intensa que antiguamente. No perjudican, confunden y ofuscan á las juveniles mentes las múltiples nociones que se las enseñan tanto como la división de los cursos y facultades.

Es justo reconocer que monseñor Dupanloup intente reparar, en lo que puede hacerlo, los errores de Gaume en orden á los clásicos, siquiera nos parezca, en el fondo, este prelado más consecuente y más cristiano que el erudito Dupanloup.

Suscribimos sin reservas lo que el sabio obispo escribe acerca de la *autoridad* y del *respeto* en la educación, no enojándonos el nombre de Dios que escribe, á modo de lema, al frente de su excelente pedagogía. Es tan fácil traducir este nombre, asignar á este símbolo una interpretación racional, social, psicológica y hasta física, que precisaría ser harto estúpido para tomar en broma las doctrinas del piadoso maestro.

Sí; en la familia y en la escuela tiene su hogar la autoridad; no hay por qué temer mientras que se encierre en ellas. No precisamos para explicar la autoridad referirla á un origen misterioso, divino; deriva de la debilidad é inexperiencia del niño, del cariño del padre que le representa, de la responsabilidad de aquellos á quienes le confía, de la ley de Naturaleza que ha soldado tan íntimamente entre sí las generaciones, de

los caracteres del espíritu humano, que comienza á creer siempre sobre palabra lo que afirma después por razón; en una palabra, de la solidaridad social.

Si; aseveramos con monseñor Dupanloup que toda moral se fundamenta en el respeto: ¿qué es la Justicia, á cuya defensa hemos consagrado la vida, sino el respeto del hombre?

Empero séanos lícito interrogar al insigne pedagogo.

¿Creéis en realidad de verdad que cabe el respeto en el catolicismo? Aunque os esforcéis en inculcar en vuestros seminarios tales máximas, ¿podréis negar que vuestra práctica social, vuestra disciplina y vuestro dogma las desautorizan á diario?

¿Es posible el respeto en un sistema donde se afirma, por autoridad divina, la desigualdad de las condiciones, donde la educación, suministrada á la multitud, en orden á la jerarquía, consiste en una especie de castración moral é intelectual, donde el pueblo es adiestrado para la explotación, como los animales domésticos son cebados para el consumo?

¿Qué es el respeto? Monseñor Dupanloup, latinista habilísimo, lo sabe mejor que nosotros: es la igualdad de consideración. *Respectus*, de *re-spicere*, es la mirada del hombre que, en marcha, vuelve sobre sus pasos, hasta saludar de frente á la persona que camina á su lado. Quien anda en línea recta, sin atender á nadie, como el soldado en su ejercicio, falta al respeto. La mirada de soslayo arguye fatuidad, maulería, como la mirada al suelo, *suspicio*, es un signo de odio y desconfianza. De igual suerte el menosprecio, en latín *despectio*, es la desigualdad de consideración. *Despectio*, de *de-spicere*, mirar de alto abajo. Entre el menosprecio, el odio ó la astucia en orden al respeto, hay tanta disparidad como de lo oblicuo á lo horizontal.

¿Qué respeto, pues, no ya del maestro al discípulo, del padre al hijo, supuesto que, por la naturaleza de las cosas, el discípulo debe ser un día igual á su maestro, y el hijo sustituir presto ó tarde á su padre; sino del individuo de condición superior al de estado más humilde, si el segundo nunca ha de nivelarse con el primero,

á menos de contar con el favor del príncipe ó con la predestinación de Dios?

¿Qué respeto del noble al plebeyo?

¿Qué respeto del rico al pobre?

¿Qué respeto del burgués á su proletario?

¿Qué respeto del oficial, de costosa carrera, educado en las escuelas especiales del Estado, para los grados y la gloria, hacia el conscripto que no sabe leer y sólo pide su libertad?

¿Qué respeto del creyente al librepensador, del teólogo de la Sagrada Congregación al filósofo cuyos escritos anatematiza?...

Guizot, admirable fraseólogo, siempre que se trata de una contraverdad, ha osado escribir:

«*El catolicismo es la inmensa y más santa escuela de respeto que existe en el mundo.*»

Tal es, en efecto, si entendemos por respeto los saludos, genuflexiones y todas las muecas de la cortesía pueril y cristiana. El supremo buen tono para un gran señor consiste en saber *saludar!* ¡son tantos los grados de la escala jerárquica!... Guizot denomina respeto á esta ciencia de gestos. Nosotros, los hombres de la Revolución, la reputamos insolencia. ¡Ah!, todavía reinaría la dinastía de los Orleans si su primer ministro, subiendo á la tribuna, hubiera saludado de otra suerte que inclinándose con exceso ante el rey, ó manteniéndose rígido al hablar con sus colegas.

XXIV

Es imposible que lleguemos á un acuerdo con los católicos. Eso que el lenguaje humano titula, más ó menos exactamente, respeto, deriva, según el sacerdote, de la *religión*, es decir, para hablar como el feudalismo, del homenaje servil que, comenzando en Dios, concluye en

el bastardo de la esclava, é implica necesariamente desigualdad. En nuestro sentir, el respeto surge del *ius*, es decir, de la dignidad viril, declarada por la Revolución una é idéntica en todos los hombres. Hijos de la Revolución, afirmamos la igualdad que los hijos de la religión niegan en nombre de su fe. He aquí por qué nos acusan de haber destruído el respeto, considerándonos infames, en nuestra vida, en nuestra alma y en nuestro cuerpo y merecedores, después de la muerte, de yacer en el lugar más inmundo. Apenas transeurre día en que no se nos ultraje.

La Revolución, proclamando la libertad de conciencia, ha erigido los cementerios en una propiedad pública. La Iglesia, no satisfecha con llevar por diversos caminos al rico y al pobre, reclama como santa esta propiedad, pretendiendo alejar de ella á los incrédulos. En Chelles (Sena y Marga), un anciano coronel rechaza, á la hora de su muerte, los *auxilios* de la religión. El cura ordena sepultar el cadáver en un lugar reputado infame desde la inhumación de un guillotinado. Fué preciso que el alcalde, teniendo en cuenta su jerarquía militar, ordenase cavar una fosa en un sitio más decoroso, salvando con su intervención oficial el agravio del cura el cuerpo del librepensador.

Parece que, habiendo normalizado el Concordato, con la venia del Papa, las relaciones entre la Revolución y la Iglesia, el clero debía acatar esta ley, acogida tan jubilosamente por él. Muy al contrario.

En San Esteban, existe un colegio de jesuitas, bajo la advocación de San Miguel: los reverendos padres no perdonan medio de fomentar entre sus alumnos las aficiones escénicas. Hemos leído un programa de función teatral en que se anunciaba *La Vendée militar*, drama en cinco cuadros, con música, desempeñado por escolares, pertenecientes á las principales familias del país. Todos los parientes y amigos asistieron á la representación de que, á no dudarlo, tuvo noticia la autoridad. Empero ésta no debió ó no quiso enterarse de que los estudiantes, exaltados por sus papeles, llegaron á derribar y arrastrar por el suelo el busto del emperador. ¿La

Vendée, en efecto, no es Cadoudal, y el emperador la usurpación?

Tras de más de medio siglo de paz, la Iglesia agita de nuevo la tea de la discordia; á la vez que arruina y deporta á los republicanos, forma en sus colegios á los generales de una futura Vendée. A ella se debe, por impugnar la Revolución, la tolerancia más amplia, el favor más rotundo; á nosotros, proscritos, por defenderla, la mordaza y Cayena. Así enseña, así practica el respeto.

«Todo pueblo dividido en sí perecerá», dice el Evangelio. La aristocracia, educada por los sacerdotes, avanza por un extremo; el pueblo, influenciado cada vez más por el espíritu revolucionario, marcha por otro; á menos que los hombres del mañana lleven á cabo el nexo, la escisión es inevitable.

Paseando por Luxemburgo hemos oído á varios jovencuelos leer y comentar un librito muy popular, *Los misterios de la Inquisición*. «¡Cómo!—argüía el más enérgico del grupo—; ¿acaso Dios consiente que se asesine de tal suerte el mundo?» «Indudablemente», repuso otro que conocía al detalle la Historia Sagrada y que adujo los famosos ejemplos de Moisés, Samuel, profeta Elías, Matatías, etc. «Tanto monta—dijo otro—; si volviera esa época, mi padre empuñaría inmediatamente su fusil...» En efecto, el sacerdote carece de autoridad sobre los hijos del pueblo: su palabra les encoleriza; la primera comunión, que es para muchos la última, signa el divorcio con la Iglesia.

XXV

Admíranos, como á otras muchas personas, esa doblez eclesiástica, que se atribuye, con notoria injusticia, exclusivamente á la Compañía de Jesús. Nos repugna pensar que un organismo tan numeroso como el clero

católico, en sus relaciones con las potencias de la sociedad—la Filosofía, la Ciencia, el Trabajo y el Estado—, no retroceda ante la traición y la muerte allí donde no puede triunfar por el engaño y la astucia. Empero no ignoramos la razón del fenómeno. No debemos acusar á los individuos, sino á la Iglesia.

La conciencia natural corrige incesantemente en el individuo, sacerdote ó laico, las aberraciones de la conciencia trascendental; exceptuando los casos de una perversión absoluta, cabe aseverar que el hombre es siempre mejor que el creyente.

Mas las colectividades no obran como los individuos. Obedecen solamente á su idea, si se nos permite la frase, á su razón social, sin distraerse por ningún otro sentimiento.

La Iglesia es una colectividad organizada exclusivamente por y para la fe, en cuyo seno desaparecen los afectos humanos, y donde no se alza más que la conciencia religiosa, hablando y ordenando en nombre de Dios.

Ahora bien; ¿quién es Dios, en orden á la conciencia, según la Iglesia?

Dios es el señor absoluto del Universo, que lo gobierna á su capricho y orienta por rutas conocidas sólo de El. Dios que, en unión de los teólogos, podía crear infinitos mundos diversos de este, ¿había de obedecer á leyes? ¿Dios signará con el hombre un pacto irrevocable? ¡Insensato quien tal piense! Dios hace lo que le viene en gana y nadie tiene derecho á pedirle cuentas.

Gobierno de Dios y gobierno de la Iglesia son términos paralelos.

A ruegos de la Iglesia, Dios mata á los Sennaquerib, Baltasar, Antíoco, Decio, Galerio y Juliano: ¿por qué la Iglesia, que maldice, y cuya plegaria asesina, no ejecuta por su propia mano?

¿Acaso la conciencia de la Iglesia, que es la misma conciencia de Dios, se gobierna por la Justicia de los hombres?

La Iglesia pone su mano sobre toda alma incrédula: Arrio y Juan Huss, Savonarola y Enrique IV. ¿Quién,

sino el ateo, podrá interrogarla acerca del modo con que lleva á la práctica sus sentencias?

Hace más de setenta años que la Iglesia eleva á diario á Dios sus preces contra la Revolución, como los judíos durante la cautividad de Babilonia. ¿Para qué hablar de concordato? Un papel, del que Dios se ha servido, como del edicto de Ciro, para libertar á su pueblo, empero que no sabría epigrafiar un nuevo cautiverio. Un papa, un hombre, ha podido, por prudencia ó por necesidad, transigir de esta suerte: ¿no es inclusa en este compromiso la Iglesia, cuya colectividad representa al mismo Dios?

La Iglesia, pues, en cuanto realiza, obra conscientemente. Lo que se nos antoja crimen en ella, es deber. Por deber, persigue y proscribire el paganismo, después de haber reclamado reiteradamense la tolerancia pagana; por deber, arroja al fuego á los filósofos, luego que el Apóstol ha declarado que la fe debe ser racional y libre; por deber, degüella á los revolucionarios, á pesar de haber pactado Pío VII con la Revolución.

La Iglesia es la doble conciencia de la humanidad. Así como la sociedad civil tiene el derecho de Justicia sobre quienes conculcan las leyes de la conciencia natural, que es ella misma; igualmente la Iglesia se arroga el derecho de Justicia sobre todos los que, aun siendo inocentes bajo el punto de vista de la conciencia natural, pecan contra la conciencia religiosa, que integra su esencia.

Esto nos explica cómo, en el alma humana, pueden ayuntarse la perfidia más extrema y la religión más profunda; este fenómeno no reconoce otra causa que la ambición de la conciencia natural por la conciencia trascendental.

Calígula, Nerón, Heliogábalo, los tiranos más cobardes é infames, fueron modelos de piedad. Tiberio, sin respetar á los dioses, es fatalista: tanto vale una superstición como otra; es el monstruo de los monstruos. Baltasar, Gerardo, Santiago Clemente, Ravailac, fueron santos. Esta alianza de la religión con el crimen integra la *hipocrestia*, del griego ὑποκριτής, comediante, es decir,

conciencia de teatro, de guardarropía, el vicio por excelencia de las almas cristianas. No dudéis que Tartufo es un verdadero devoto: este monstruo ha perdido el sentido moral á fuerza de creer en Dios y en el infierno. No lo ignoraba Molière, discípulo de Gassendi, siquiera titulase en segundo término su obra *El Impostor*, empero sus sucesores no lo han comprendido así: por eso no saben interpretar el Tartufo. No se equivocaba Napoleón, cuando, influido por sus ideas de restauración religiosa, decía: *Si se hubiera escrito en mis días el Tartufo, no habría permitido la representación.* ¡Que Dios perdone á Napoleón, ya que el grande hombre se confió á El! Empero la posteridad juzgará al jefe de Estado que, pudiendo dignificar muy mucho la conciencia del pueblo, la esclavizó bajo el yugo de la Iglesia.

XXVI

Cerremos este capítulo.

El catolicismo, que se ufana de moralizar al hombre, no consigue, por la doble conciencia que crea en su alma y por la falsa educación que deriva de ésta, formar más que un carácter cazarro, hipócrita, pleno de hiel, un enemigo de la sociedad y del género humano.

Ahora bien; esto que afirmamos del catolicismo lo decimos de todas las iglesias, ya que es ley de todo culto organizarse en virtud de un dogma, adoptado por norma y sanción del derecho, y en su consecuencia, escindir la conciencia y falsear la educación.

Confíad á Saint-Simón, Fourier, Cabet ó Robespierre la educación de la juventud; cada cual la adaptará á su sistema; ponidla en manos de Cousin y formará ecléticos; dejadla á merced de un general de Francia y os educará soldados.

Este pensamiento, común á todas las sectas, es causa de que, en nuestra patria, se proscriba, hace más de sesenta años, la libertad de enseñanza. En política se halla de moda la centralización; en materia docente, la *Universidad*. La Iglesia, piensan los universitarios, no vivirá siempre y nosotros heredaremos su posición. Vale más aguardar que arriesgarse á perderlo todo. ¡Así, impugnando á la Iglesia, procúrase organizar el monopolio! No se pretende una pedagogía que formaba al hombre para sí mismo, manumitiéndole de prejuicios, dogmatismos y utopías trascendentales. Témesese que, siendo libre el espíritu de la juventud, careciesen de empleo los genios que se arrojan la dirección de la edad viril. La degeneración del niño es la garantía del servilismo del adulto.

En otro estudio trataremos la enseñanza industrial (1).

(1) EL TRABAJO, en este mismo tomo.

CAPÍTULO IV

El hombre en el seno de la Naturaleza

XXVII

Hasta aquí hemos estudiado las costumbres de la humanidad como integrando una sección aparte en la constitución del universo.

Empero la razón asevera—es una de las más sublimes intuiciones de la filosofía moderna—que la moral humana forma parte integrante del orden universal; así, pues, á despecho de ciertas disonancias, más aparentes que reales, que la ciencia debe aprender á conciliar, las leyes de una son también las de la otra.

Bajo el punto de vista superior, el hombre y la Naturaleza, el mundo de la libertad y el mundo de la fatalidad, constituyen un todo armónico; la materia y el espíritu son de acuerdo para formar la humanidad y cuanto la rodea con los mismos elementos sujetos á idénticas leyes. Monumento indestructible, cuyos fundamentos suministra el universo y que tiene por pedestal la Tierra y por estatua el hombre.

XXVIII

Aplicando á la economía y la Justicia este criterio, guiamos á soluciones tan importantes como desapercibidas.